

ras, de que se componían las pomadas. En Arabia, intentó en vano Seleuco hacer que prosperase el amomo y el nardo, pero en cambio abundaban la mirra, la canela, árboles olorosos é incienso, además de perlas y piedras preciosas. De la Persia y Siria se extraían además seda y pieles; de Tiro púrpura, y de la Etiopía perfumes, marfil, algodón (38) y fieras. La industria del Egipto era muy activa, habiéndose dedicado libremente sus naturales á ejercer la que habían aprendido bajo la tiranía paternal de los sacerdotes. Arsinoé fabricaba paños, Naucrates y Copto vasijas, Diópolis vidrios, Alejandría lino y tapicería, además de la industria del papiro. Estos objetos, vasijas de barro y bagatelas de vidrio, se llevaban á la India y á la Etiopía para cambiarlos con las mercancías de estos países, y asimismo el hierro, el plomo, el estaño extraído del Norte, y aceites, vino, rosas (39) de Italia y de Laodicea.

La Escitia servía de tránsito para las mercancías de la India. La Germania, silvestre y pantanosa, ofrecía poco al comercio, y sin embargo, Séneca dice del Danubio que era abundante en piedras preciosas, y que en sus orillas se recogía el ambar. La Istria daba vino dulce y aromático; la Retia, vino y madera; la Iliria esclavos, pieles, ganados y el hierro del Nórico tan celebrado. Más beneficioso era el comercio que se hacía con Grecia, con la Galia y España: esta última suministraba con abundancia, plata, miel, alumbre, cera, azafrán, pez, trigos también, y buenos vinos, además de los caballos, el cáñamo y el lino. De las Galias se extraía cobre, caballos y lana, el oro de los Pirineos, vinos, licores, ganado, hierro, paños y telas: los jamones de Bayona se llevaban hasta los mercados del Mar Negro. Las islas Británicas suministraban estaño y plomo. El bronce de Corinto se apreciaba tanto como el oro: la miel de Himeto, el vino, el azufre, la trementina, la cera, el nardo, las telas, las piedras preciosas, los esclavos del mar Egeo y del de Creta, las lanas del Atica, la púrpura de Lacedonia, el eléboro de Anticira, el aceite de Sicione, y el grano de Beocia, daban mucha importancia al comercio con la Grecia. Recibía Roma del Asia Menor quesos y anillos; y hierro del Euxino; madera de la Frigia; goma del monte Ida; lanas de Mileto, las mejores después de las de Tarento; azafranes, vinos del monte Tmolo, y vidriado de Lidia.

Bien sé que Platón, combatiendo el comercio

(38) *Nemora Æthiopum molli canentia lana.*

VIRGILIO.

(36) *Mitte tuas meses; accipe, Nile, rosas.*

MARCIAL.

como causa de corrupción, decía que hubiera sido mejor para Atenas continuar pagando el tributo anual de siete doncellas al Minotauro que convertirse en potencia marítima; bien sé que colocaba á diez millas, por lo menos, del mar su ciudad ideal; pensamientos inspirados á los filósofos por el estado de la sociedad antigua, en la cual la división de libres y esclavos fomentaba en la soberbia de los dominadores la gloria de no hacer nada. Los romanos, sin embargo, si no ejercían por sí el comercio, lo favorecían en los pueblos sometidos con buenas leyes y con lo que es su mejor auxilio, con la libertad. Así es que adoptaron la ley marítima de los rodios, hicieron expediciones lejanas, y recibieron embajadas de los seres, de los sármatas, de los escitas, y de los taprobanos, que no podían tener otro objeto más que conservar abiertos los caminos por donde llegaba tanto oro á su país.

A pesar de tanta facilidad en realizar un comercio muy activo entre tan diferentes pueblos unidos por el idioma y las leyes, no cesaron los romanos de creer que era una degradación el ocuparse en las artes, siendo considerados aún en tiempo de Constantino infames los que se aplicaban á vender al por menor y á utilizarse con la industria, y sus hijas igualadas á las bailarinas y á las esclavas. Honorio y Teodosio prohibieron comerciar á los nobles y á los ricos, como una cosa perjudicial al Estado (40). Además, los arrendadores de las rentas públicas dificultaban la circulación con continuas gabelas y peajes, y otros compraban á los emperadores el monopolio de una ú otra mercancía.

Aún cuando tantos frutos y obras servían para el cambio con el extremo Oriente, los árabes no aceptaban en cambio más que el dinero, y asimismo los países del Ganges, y los seres, que no apetecían lo que les faltaba; de tal manera que asegura Plinio que por lo menos se exportaban del imperio mil millones de sextercios (190.000.000) cada año á aquellos países (41). Cálculo ciertamente exagerado é imposible de comprobar, pero que basta para indicar la situación pasiva del comercio romano; situación que debió aumentarse en proporción del lujo, que llegó á su colmo cuando las cortes imperiales se multiplicaron, y cuando Diocleciano creyó necesario ocultar la decadencia bajo el lujo oriental.

(40) Ley 5. Cod. de commerciis et merc.

(41) «Minima computatione, millies centena millia sextertium annis omnibus India et Seres, peninsulaque illa (Arabia) imperio nostro adimunt: tanto nobis delicie et fœminæ constant.» *Hist. nat.*, XII, 41.

## CAPITULO XVI

### FILÓSOFOS MORALISTAS

Desde vespasiano hasta Marco Aurelio, la ausencia de guerras y el movimiento intelectual produjeron un renacimiento de los espíritus en el imperio. Viéronse, pues, prosperar nuevamente la literatura bajo los primeros Flavios, las artes bajo Adriano, la filosofía bajo los Antoninos. Ya hemos visto á Marco Aurelio cultivarla, componiendo por sí mismo (1), y con mando de favores á los que la escogían por asunto de sus debates ó de sus escritos. Continúan muchos enseñando en Grecia á perorar en las escuelas mostrándose indignos del título de filósofos por su ostentación orgullosa. Entre los más afamados se contaban Polemon de Laodicea, que atraía á Esmirna una multitud de griegos, siempre ávidos de discusiones y de sutilezas. Maravillado de su sabiduría Herodes Atico le envió una crecida cantidad de dinero, que rehusó hasta que fué considerablemente aumentada. Habiendo llegado el rey del Bósforo á admirar á los sabios del país, para ver á Polemon hubo de dirigirse personalmente á su casa y ofrecerle diez talentos. Habiéndole atacado la gota, hizo que le bajarán vivo al sepulcro de sus mayores, á fin de que el sol no pudiera verle reducido al silencio (2).

Luciano escribió la vida del cretense Demonax, cínico menos rudo que los demás, el cual aunque rico é instruido, se redujo á una pobreza voluntaria: inhábil por su vejez para atender á sus necesidades sin agena ayuda, se dejó morir más bien que solicitar asistencia. Proponiéndose los atenienses introducir en su país las luchas de los gladiadores, les dijo: *Ante todo derribad el altar de la Piedad.* Al emperador, que le preguntaba el mejor modo

de reinar, le respondió de este modo: *Hablar poco, escuchar mucho, evitar la ira.*

Filostrato podría proporcionarnos otras curiosas anécdotas acerca de aquellos profesores de filosofía. En su mayor parte eran gentes turbulentas, perezosas, envanecidas de la tosquedad con que peroraban y reprendían á los demás, de una existencia consagrada sólo á discutir, asestar flecha, contra los ricos, pordiosear sus comidas ó las funciones de pedagogos de sus hijos (3). Una vez in-

(3) Luciano, en *el Icaro Menippo*, hacen también que Júpiter reprenda á los filósofos en la asamblea de los dioses. «No hace mucho que han aparecido en el mundo; es una raza holgazana, traviesa, arrogante, rabiosa, demente, orgullosa y perversa; una carga inútil para la tierra. Se dividen en sectas y han inventado diversos argumentos retóricos: unos se llaman estoicos, otros académicos, estos epicúreos, aquellos peripatéticos: aún son más ridículos los títulos de algunos otros. Escudándose con el nombre impo- nente de virtud, fruncidas las cejas, con larguísima barba, ocultan bajo este ademán fingido, depravadas costumbres, y van introduciéndose por todas partes con maña, como los actores del teatro; y si se les arranca la máscara, quedan reducidos á unos pobres petates, cuyos ejercicios se compran por siete dracmas. Cuentan de los dioses las cosas más absurdas, y dirigiéndose preferentemente á mancebos incautos á quienes es fácil inducir á engaño, reducen á tragedia esa virtud declamatoria, enseñándoles á profesar la duda. De continuo ponderan ante sus discípulos la energía de alma y la templanza, condenan la riqueza y el deleite; pero ¿quién puede explicar, luego que se encuentran solos, sus festines, su lujuria, su avaricia, que llega hasta hacerles cercenar los óbolos? Es lo peor que no dedicándose á ningún trabajo público ni privado, no siendo útiles para nada en tiempo de paz, ni aptos para la guerra, no por eso dejan de acusar á los demás, zurciendo algunas frases ásperas, algunas palabras groseras, riñen y censuran al prójimo; y el que sabe gritar con más fuerza, maldecir con más temeridad y descarar, merece entre ellos el primer puesto.

(1) B. B. WATSON.—*M. Aurelius Antoninus*. Nueva York, 1884.

(2) FILOSTRATO, *Sofistas*; y SUIDAS, *ad vocem*.

troducidos en las casas, no había bajeza á que no descendieran con tal de satisfacer las exigencias de los señores, que hacían de los pedagogos una especie de bufones, de terceros, y peor todavía.

Epicteto.—Epicteto de Jerápolis (Frigia), esclavo de Epafrodito, liberto, y ministro de los placeres de Nerón, se mantuvo separado de aquella turba. Restituido á la libertad, se puso á correr por las plazas de Roma, como habían hecho Diógenes y Sócrates, sus modelos; pero la muchedumbre romana tenía distintos hábitos que la de Grecia: le maltrató y hubo de retirarse á una escuela. Desterrado con los demás filósofos por el decreto de Domiciano el año 90, regresó luego que la tempestad hubo amainado, y vivió en Roma hasta el año 117.

Estraño á los manejos en que se ocupaban activamente los estóicos, así como á su ostentación, decía á sus discípulos: *Si sabéis contentaros con poco, no lo hagáis por vanidad; si bebéis agua no lo ostentéis en público; si os ejercitais en trabajos penosos, sea privadamente*; y añadía que es necesario consagrarse á la filosofía con un alma pura, pues de otro modo se corrompen sus preceptos. Desdeñando las galas de la elocuencia prefería un lenguaje sencillo y nervioso, y había reducido su filosofía á este axioma: *ἀπέχου καὶ ἀνέχου; sufre lo que conviene y abstente de lo que no debes permitirte*. Comparaba la fortuna á una doncella bien nacida que se entrega á sus esclavos. Se burlaba de los magnates, no haciendo más caso de ellos que de los esclavos, de quien solo se diferencian porque visten de púrpura en vez de vestir de sayal, en su concepto, y se les adula como se almohaza á los jumentos para sacar de ellos servicios. Combatía sin tregua la opinión y la fortuna, las dos cosas que gobiernan al mundo. Creía en la existencia de un solo Dios y en la inmortalidad del alma; y pensaba que ciertas cosas dependen de nosotros, como la opinión, la inclinación, el deseo, la abstinencia

Peró si os ocurre preguntar al que clama contra los demás y los censura: *¿Qué haces de provecho á la vida humana?* ciertamente deberá responder si quiere ser sincero: *—Navegar, cultivar la tierra, esgrimir las armas, ejercer un oficio cualquiera, me parece cosa ociosa; pero grito, me desfiguro, me lavo con agua fría, ando con los pies descalzos en invierno, y á semejanza de Momo, calumnio las acciones ajenas. Si algún rico da opíparos banquetes ó mantiene alguna cortesana, me inquieto y me encolerizo extraordinariamente. En tanto, si alguno de mis amigos ó de mis compañeros es víctima de una dolencia, si necesita mi solicitud ó mi ayuda, no me tomo por él ningún cuidado.*—Ved aquí ¡oh dioses! lo que son tales animales. Aquellos que se llaman epicúreos aventajan á los demás en impertinencia: nos maltratan sin medida, diciendo que nosotros, los dioses, en nada nos ocupamos de las cosas humanas, ni prestamos atención alguna á lo que acontece en el mundo: de consiguiente os convenceréis de que ya es tiempo de que nos ocupemos de ellos, pues si logran que se persuada el mundo de lo que aventuran en sus discursos, os morireis de hambre, porque no habrá quien os haga sacrificios, sabiendo que no se ha de esperar provecho.

y todos los actos; no lo demás, como el cuerpo, las riquezas, la reputación, el mando. «Lo que depende de nosotros, decía, es libre por su naturaleza y nadie puede contrariarlo; al revés, lo que no depende de nosotros es instable; de consiguiente, sería un delirio tomarse pena por ello. Nuestra felicidad consiste en ser libres, y esto se consigue menospreciando todo lo que se halla á nuestro alcance. Si pensais cotidianamente en los males de esta vida y en su fin, nada apeteceréis ardientemente. Procede mal el que somete su voluntad á la ajena, haciéndose mísero esclavo. Cuando nos sucede una desgracia observemos si es por culpa nuestra ó por culpa de otro; si lo primero, quejémonos de nosotros mismos, y si trae su origen de la perversidad ajena, no nos atormentemos, puesto que no somos dueños de las acciones de otros. No son molestados los hombres por las cosas, sino por las opiniones. Nunca deseéis que las cosas sean de otro modo que son. No admirais vuestro corazón á lo que poseéis con más apego que el viajero á la hospedaría; no os hagan montar en cólera una mala mujer ni un esclavo insubordinado. ¿Qué importa que el vulgo nos crea insensatos, con tal de que estemos satisfechos de nosotros mismos?»

También decía que empieza á ser sabio el que se acusa á sí propio de sus desgracias, y que lo es del todo cuando no se acusa por ellas ni á los demás tampoco. Se mostraba en la práctica lo mismo que en la enseñanza; vestía con aseo aunque detestaba el lujo, no quería que se aguardara el consejo de los oráculos para asistir á un amigo; y añadía que sólo el sabio puede tener amistades, porque es el único capaz de distinguir al hombre bueno del malo.

Cierto día que su maestro se esponía á torcerle la pierna, le dijo Epicteto: *Mirad que vais á rompedmela*. Continuando éste y rompiéndosele en efecto, añadió el filósofo estas otras palabras: *Ya os lo había dicho*.

Toda su riqueza consistía en una lámpara de barro que fué posteriormente vendida á muy subido precio. Su extremada pobreza no le impidió recoger y educar al hijo de un amigo suyo, que le había abandonado por su indigencia. Tenía lástima de las debilidades ajenas, y lejos de aconsejar el suicidio, decía que estamos obligados á conservar el puesto que nos ha señalado la Providencia hasta que nos haya relevado.

Es imposible designar hasta qué punto ha podido adicionar sus palabras y sus acciones el historiador Arriano, discípulo suyo, quien nos las ha transmitido, como Jenofonte las de Sócrates; mas después de seducirle á uno la lectura de su *Manual* por su apariencia de severidad y fuerza, bien reflexionado se echa de menos mucho; á través del estóico asoma el orgullo, un egoísmo sin entrañas, una apatía de escuela, una rigidez desgarradora, que no es la virtud.

Séneca.—Marco Anneo Séneca, de Córdoba, denominado el declamador porque recogió las aren-

gas de los oradores más famosos de su tiempo, fué á buscar fortuna á Roma, bajo el reinado de Augusto, con dos hijos, Marco y Lucio, dejando en España al tercero, que fué padre del poeta Lucano. Inscrito en Roma entre los caballeros, educó á sus hijos esmeradamente; y Lucio Anneo se consagró primero con fervor á la elocuencia, y á la filosofía estóica luego. Con arreglo á las doctrinas pitagóricas empezó á abstenerse de toda especie de carnes; pero volvió á hacer uso de ellas para no confundirse con los egipcios, ni con los hebreos, cuando vió que eran blanco de persecuciones. A pesar de todo, se abstuvo siempre de las setas y de las ostras, como escitantes á la intemperancia, del vino, de los perfumes y de los espectáculos (4).

Envidioso Caligula de su elocuencia, resolvió darle muerte, pero una concubina le disuadió de su intento haciéndole observar que tan endeble era la salud del filósofo que no tardaría en fallecer naturalmente. Sobrevivió, no obstante, lo suficiente para ver á varios sucesores suyos. Elevado á la cuestura fué enseguida desterrado á Córcega por Claudio, por haberse hecho culpable de adulterio, según se dice, con Julia, hija de Germánico, y con Agripina. Habiendo muerto un hermano de Polibio, liberto del emperador, le dirigió Séneca una carta de pésame desde su destierro. Esta epístola, como todas las que conocemos antiguas y modernas, es un tejido de lugares comunes sobre la necesidad en que estamos de morir todos, sobre todo los personajes ilustres que han perdido padre, hijo, hermano ó esposa; sobre tantas y tan diversas desgracias padecidas por otros, sin olvidar la ruina de las ciudades y de los imperios. Agotado este tema añade Séneca. «Sin embargo, te sugeriré un medio, ya que no más seguro, más fácil á lo menos para curar tu melancolía. Puedes tener la aflicción cuando te halles sólo en tu casa; pero desde que fijas los ojos en tu divinidad, ¿podrá enseñorearse el dolor en tu pecho?... Mientras Claudio sea soberano del mundo no puedes abandonarte ni al dolor ni al placer, pues de él proviene todo. Mientras él esté sano y salvo nada has perdido, en él lo tienes todo, pues de todo haces veces. Tus ojos no se deben arrasar de lágrimas, sino que han de fulgar de alborozo... Desde que Claudio se ha consagrado al mundo, se ha arrebatado á sí propio, y á semejanza de los astros que prosiguen su revolución sin detenerse, no se puede fijar en ningún punto... Sé, pues, como Atlas; nada te doblegue. César es tu fuerza y tu consuelo: cuando se humedezcan de lágrimas tus ojos, tórnalos á César, y el aspecto del dios ha de enjugarlos: su esplendor fijará tus miradas, y en rededor no distinguirás otra cosa: ¡conserven por largo tiempo dioses y diosas sobre la tierra á aquel que nos han prestado! Mientras es mortal, no le recuerde nada entre los que le rodean la necesidad de la muerte. Sepan

(4) SÉNeca, *Epp*, 108, 83.

sólo nuestros nietos el día en que su posteridad ha de comenzar á adorarle en el cielo. ¡Oh fortunal no te acerques á su lado; déjale aplicar remedio á los prolijos padecimientos del género humano! ¡Resplandezca siempre este astro en el mundo, cuyas tinieblas se han desvanecido con su luz!»

No apuntamos estas bajezas en descargo de los seres débiles que no se sonrojan de renovarlas, sino como una censura contra Séneca por haber ultrajado con encono después de su muerte á aquel á quien tan cobardemente había exaltado en vida, y por haber descrito su *apocolocunthosis*.

Tal vez se propuso el filósofo hacer por este medio la corte á Nerón, augusto discípulo confiado á su cuidado. Si hay demasiado rigor en imputarle los crímenes de este monstruo, en creer que sus consejos le impulsaron al parricidio, á lo menos permite la justicia que se le acuse por no haberle abandonado cuando se manchó con tamaños desafueros. Dión Casio, que le prodiga elogios sin tasa, le reconviene por haber puesto al príncipe en la senda de las más repugnantes obscenidades. Al mismo tiempo que declamaba contra las riquezas, acumuló 300.000.000 de sextercios, y sus usurarios préstamos produjeron la sublevación de la Bretaña. Acriminaba el lujo y poseía quinientas mesas de limonero con pies de marfil; encomiaba una vida oscura (5) y aspiraba al brillo, á ostentosos empleos; anatematizaba á los aduladores, escribiendo que prefería ofender con la verdad á halagar con la lisonja (6), y prodigaba adulaciones á Nerón, que podía vanagloriarse de un mérito que ningún otro emperador tenía, la inocencia; y hasta hacia olvidar los tiempos de Augusto (7).

¿Habremos ahora de prestarle crédito cuando nos dé á entender que todas las noches hacía examen de sus palabras y de sus obras durante el día (8), si de vez en cuando se presenta como modelo, y si en el momento de morir deja su propia vida como ejemplo á sus amigos? (9) Tuvo dos filosofías diferentes, una para la escuela y otra para la vida práctica, lo cual nos esplica el desacuerdo

(5) «Quæris quid me maxime ex his quæ de te audio delectet? Quod nihil audio; quod plerique ex his quos interrogo nesciunt quid agas.» *Epist.* 32.

(6) *De clementia*, II, 2. Conoció el flaco de su época y el flaco de otras muchas cuando escribía en otro lugar: «Hemos llegado á tal demencia, que el que adula sin reserva pasa por malévolo... Crispo Pasiense decía á menudo que oponemos la puerta á la lisonja sin cerrarla, y que se la oponemos como el amante á su querida, agradándole que la empuje y mucho más que la rompa.» *Quæst. nat.*, III.

(7) *De clementia*, I, 1.

(8) *De ira*, III, 36.

(9) Justo Lipsio suprimió en las obras de Séneca todos los pasajes en que se elogia y propone al hombre como modelo de heroísmo en todo. Diderot con una extravagancia paradójica encomia el carácter moral de Séneca. Véase tomo VIII de sus obras. *Ensayo sobre los reinados de Claudio y de Nerón*.

entre sus doctrinas y sus acciones. Pronunció, pues, su propia condena escribiendo estas palabras: «Es vergonzoso decir una cosa y sentir otra; y ¡cuánto más vergonzoso es aún escribir otra cosa de lo que se siente! (10)»

Tenemos de Séneca tres libros *De la Ira*, que pueden compararse al de Plutarco sobre el mismo asunto: (*περί ὀργῆς*), uno del *Consuelo*, dirigido a Helvia, su madre, durante su destierro en Córcega, con el dirigido a Polibio y que antes hemos citado, y otro a Marcia sobre la muerte de un hijo, el más antiguo modelo de cartas de pésame. Luego escribió el tratado *De la Providencia ó por qué pesa la desventura sobre las personas honradas puesto que hay una Providencia?* Y deduce la necesidad del suicidio. Habiéndole participado Anneo Severo sus vicisitudes, Séneca respondió con un opúsculo titulado *De la serenidad del alma*, donde enseña como es posible adquirirla, y la aconseja como medio de aplicarse á los negocios públicos, á la par que por efecto de una de sus frecuentes contradicciones, aparte de ella á Paulino en su tratado sobre la *Brevidad de la vida*. Aproxímase mucho á las paradojas estóicas en el tratado *De la Constancia del sabio*, en el cual pretende que éste es innaccesible á las injurias. Hablando á Galión, su hermano, *De la vida feliz*, se escusa de poseer tantas riquezas, y defiende el estoicismo contra los epicúreos en lo relativo á las opiniones sobre la felicidad. Dirigió á Nerón tres libros sobre la *Clemencia*, de un estilo muy noble y muy sencillo, brindándole ejemplos y preceptos de lo que es un deber para todos y una virtud encomiada en los príncipes, porque la poseen raras veces. Su tratado *De los beneficios*, en que tanto habría que añadir á lo que dice sobre el modo de hacer bien, de recibirlo y de agradecerlo, merecería que alguno acometiera la empresa de rebatirlo. Sus ciento veinticuatro epístolas son otras tantas disertaciones sobre diversos puntos de moral.

A diferencia de los filósofos que especulaban en ociosos retiros, se muestra siempre hombre de acción y práctica: acumula con sus escritos sentencias propias para corregir y ennoblecer los caracteres, para enseñar la moderación en la prosperidad, la constancia en los reveses, y para facilitar el imperio de la razón sobre las pasiones. Su ciencia le impulsaba á un fatalismo más bien filosófico que religioso (11); pero lejos de ser exclusivamente

(10) *Epist.* 24.

(11) «Nihil cogor, nihil patior invitus, sed assentior; et quidem magis, quod scio omnia certa et in aeternum dicta lege decurrere. Fata non ducunt et quantum cuique restat, prima nascentium hora disposuit. Causa pendet ex causa; privata ac publica longus ordo rerum trahit. Ideo fortiter omne ferendum est quid gaudeas, quid fleas; et quamvis magna videatur varietate singulorum vita distingui, summa in unum venit: accepimus peritura perituri.» *De provid.* 5.

estóico, se jacta de no haber inscrito su nombre en ninguna escuela: y en efecto, se inclina por instantes á Platón, otras veces se acerca al mismo Epicuro, negando que haya cosa alguna después de su muerte (12), é imputando á la injusticia de los dioses el mal que ve sobre la tierra (13).

Hay ciertamente algo de seductor en esta filosofía de los estóicos, que lucha contra las inclinaciones vacilantes y perversas de la naturaleza humana; pero cuando se han oído sus preceptos, fuerza es preguntar qué derecho les asiste para imponerlos. Séneca dice á una madre: *No es un mal la pérdida de un hijo; llorar el fin de un mortal es locura*. Dirá á un desterrado: *Contempla á los veteranos que no se desconsuelan bajo la mano del cirujano; sé veterano del infortunio, nada de clamores ni de lamentos ni de dolores afeminados*. Predicará á todos que lo que es un mal para uno es un bien para muchos; que ni el mismo Dios puede preservar del mal cuando lo ordena el destino; recomendará á los sabios no caer en la compasión, no entristecerse, no lamentarse, no perdonar (14). ¿Y para qué esta firmeza sobrehumana? ¿Qué razón hay para creer en ella? ¿De dónde nace la fuerza para practicarla? ¿De dónde sino del orgullo?

Con efecto el orgullo es el que inspira al adulador de Nerón y el que le domina; diríase que se siente destinado á reformar el género humano, á juzgar por el tono magistral que toma para el menosprecio, la befa, la reprensión, el mandato; para enseñar virtudes imposibles, que lógicamente conducen al suicidio, conclusión obligada de todos sus preceptos.

A pesar de todo se percibe más generalmente una mezcla de luz y de oscuridad en la moral de los latinos que en la de los griegos, una lucha entre doctrinas especulativas, tomadas de la escuela extranjera, y ciertas verdades prácticas peculiares de su nación. A veces también respira Séneca algo más puro y más sublime; aconseja al hombre tender la mano á los naufragos, poner en buen camino al viandante extraviado, partir su pan con el que tiene hambre (15). Dice que el hombre debe evitar la manía de la muerte, y llegar al término, no como para apelar á la fuga, sino para emprender la partida (16).

No admite ya al dios ciego é impotente de los estóicos, ni al que fulmina rayos desde lo alto del

(12) «Neg magis in ipsa (morte) quidquam esse molestiae, quam post ipsam.» *Ep.* 30.—*Mors est non esse.* *Ep.* 54.—*Hoc erit post me quod ante fuit.* *Idem.*

(13) «Deorum crimen erat Sylla tam felix.» *De const.* XII.

(14) *De providentia*, 3.—*Ad Marciam consolatio*, 20.—*Ad Helviam consolatio*.—*De constantia sapientis*.—*De clementia*, II, 4, 5, 6, etc.

(15) *Epist.* 95.

(16) «Vir fortis ac sapiens non fugere e vita, sed exire debet. Et ante omnia ille quoque vitetur affectus, qui multos occupavit, libido moriendi.» *Ep.* 24.

Olimpo y corrompe á las mujeres ajenas; sino á un dios incorpóreo, independiente, que es su propia necesidad, que antes de hacer el mundo lo concibió en su mente (17) y que quiere ser amado (18), porque nos ama: somos sus asociados y sus miembros (19); y mora en el corazón del hombre virtuoso (20), cuya alma permanece adherida á aquel que es su origen, como se adhiere al sol el rayo que nos ilumina. Sin su bondad es nula la majestad de los dioses; de donde se sigue que debe someterse el hombre á la Providencia que rige el mundo, no como madre ciega, sino cual prudente padre, y de ahí resulta que es libertad prestar á Dios obediencia (21). Consiste el bien supremo en poseer rectitud de corazón y lucidez de entendimiento. Ver á un hombre luchar valerosamente con una fiera es un espectáculo de niños, á la par que es un combate digno de Dios contemplar al hombre de corazón en pugna con la adversidad.» (22)

Como romano supo tener lástima al hombre espuesto á las fieras y al filo del acero en el anfiteatro. «Vosotros decís: ha cometido un delito y merece la muerte. En hora buena; pero ¿qué crimen habéis cometido vosotros para ser espectadores de su suplicio?» (23).

Además, he aquí como habla de sus esclavos: «El espíritu divino pertenece al esclavo como al caballero; esclavo, liberto ó noble, son voces inventadas por la vanidad ó por el desprecio. La virtud no excluye á nadie. Todos son nobles porque descienden de Dios; si en su genealogía hay algún grado oscuro, pásalo y remóntate más arriba, y hallarás su nobleza más ilustre; remóntate y encontrarás que son hijos de Dios todos (24). No les llamen esclavos, sino hombres, comensales, amigos menos nobles, compañeros de servidumbre, porque la fortuna tiene sobre ellos los mismos derechos que sobre nosotros. Aquel á quien llamas esclavo, procede de tu misma alcurnia. Consúltale, admítele á tus pláticas, á tus comidas, no pretendas infundirle miedo, debes contentarte con lo que basta á Dios, con amor y con respeto.»

Esta extensión á todos los hombres de lo que los demás filósofos no aplicaban más que á los ciudadanos, y ciertas alusiones que tienen todas las apariencias de citas, hicieron creer á algunos que Séneca había conocido á los cristianos y hasta había tenido amistad con el apóstol de las gentes (25).

(17) *De benef.*, VI, 7, 23.—*Quaest. nat., prof.*, I, 1; III, 4.

(18) «Deus ametur.» *Ep.* 42, 47, 96.—*De benef.*, VII, 2.

(19) «Hujus socii sumus et membra.» *Ep.* 93.

(20) *Ep.* 41, 73.

(21) «Parere Deo libertas est.» *De vita beata*, 15.—

«Colite in pia et recta voluntate.» *De benef.*, I, 6; *Dp.* 116.

(22) *De provid.*, 2.

(23) *Epist.* 7.

(24) *De benef.*, III; *Ep.* 44.

(25) Esta es una tradición antiquísima: San Jerónimo y San Agustín no ponen en duda la autenticidad de catorce epístolas de correspondencia entre Séneca y San Pablo,

Estos rudimentos fragmentarios del perfeccionamiento humano los había desarrollado ya el cristianismo derivándolos de principios perfectos y aplicándolos inmediatamente. Por lo demás, la indicada semejanza podría significar solamente que Séneca conoció los libros de los cristianos, tanto más cuanto que la mayor parte de sus obras se manifiestan escritas antes de la venida de San Pablo. No obstante, la de la *Vida feliz* y sus *Beneficios*, donde más abundan las expresiones cristianas, y especialmente las *Epístolas*, son posteriores á esa época.

Después de haber recomendado ocultar el beneficio añade: «¿Y qué! ¿Ignorará quién le ha hecho el bien? Que lo ignore, si esta es una parte más del beneficio: luego hará tantas otras cosas, le servirá de tan diversos modos, que al fin reconocerá al autor de los primeros servicios. Y aunque él no conozca que ha recibido, yo sabré que he dado.

epístolas que la crítica no admite. Otros fueron á buscar pruebas de sus relaciones en las mismas obras de Séneca, cotejando algunos pasajes de ellas y ciertas frases de las epístolas de San Pablo. Efectivamente, se hallan en Séneca muchas expresiones empleadas en el sentido del Nuevo Testamento: Así *Caro* (Animo cum hac carne, *grave certamen est, ne abstrahatur* (De consolatio ad Marciam, 24). *Animus liber habitat; nunquam me caro ista compellet ad metum* (Ep. 65). *Non est summa felicitatis nostrae in carne ponenda* (Ep. 74). *Angelus* en el mal sentido que le da San Pablo en su 2.<sup>a</sup> Epístola á los Corintios, 12, llamando ángel de Satanás á un falso profeta, se encuentra en Séneca del mismo modo: *Non ego Epicuri angelus scio...* Epístola 20). Otras veces domina al hombre de bien *progenitura de Dios*. En otro lugar nombra al *Espíritu Santo*. También es bíblica la comparación de la vida al estado de guerra (Ep. 51, 96).

Grande es en Séneca la cantidad de ideas cristianas. Si á propósito de esto se dice que á fuerza de meditar sobre la naturaleza humana y las relaciones entre Dios y el hombre puede llegar uno por sí mismo á este punto, preguntaremos porqué no se encuentra nada semejante en los *Diálogos* de Platón, ni en la *Moral* de Aristóteles, ni en los *Memorables* de Jenofonte, ni en las obras de Cicerón, ni aún en Marco Aurelio, ni en Epicteto, que pertenecen á la misma escuela que Séneca.

Históricamente nada se opone á que existieran relaciones de amistad entre Séneca y San Pablo. Llegado á Roma el apóstol de las naciones, según se cree, en el año 61, obtuvo del prefecto del pretorio Burro, amigo de Séneca, cierta libertad como preso; acaso Séneca había oído ya hablar de él á su hermano, Marco Novato Galión, gobernador de la Acaya, ante cuyo tribunal había sido conducido San Pablo cuando habitaba en Corinto *Actos de los apóst.*, capítulo XVIII.

En suma, hay razones en pro y en contra; pero si se reflexiona que Séneca renunció á la dieta pitagórica, á fin de no pasar por hebreo y de no desagradar á Tiberio; si se piensa en sus culpables condescendencias con Nerón, se sentirá uno poco propicio á tenerle por santo. Sobre esto se puede consultar la obra de CH. GELBKE; Leipzig, 1812. *Tractatiuncula de familiaritate qua Paulo apostolo cum Seneca philosophe intercessisse traditur verisimillima*; y el Seneca de Durosier en la colección de Pankouke.

*Eso es poco*, dirás, poco si quieres que entre el interés por algo; pero si entiendes dar de la manera más provechosa para el que recibe, darás satisfecho de tu propio testimonio. En el caso contrario, no es hacer bien lo que te gusta, sino que vean cómo lo haces. Dices: *Quiero que lo sepa*, buscas un deudor de consiguiente ¿*Quieres que lo sepa?* ¿Y si le fuere más útil, más honroso, más grato no saberlo? ¿*Quieres que lo sepa?* ¿Con qué tú no salvarías á un hombre en el seno de las tinieblas? No niego que cuando el asunto lo tolera, se goza con la gratitud del obligado; pero si le halla menesteroso y se abochorna de ser socorrido; si lo que hacemos ofende, cuando no se oculta, no me parece que es real el beneficio. Pues qué, ¿le haré sabedor de que le he ayudado cuando entre los primeros y más grandes preceptos se cuenta el de no echar en cara el bien y ni aun mencionarlo siquiera? Cuando se trata de un beneficio, he aquí la ley de ambas partes: olvide uno inmediatamente lo que ha hecho, jamás se borre de la memoria de la otra lo que ha recibido (26).

Así es como procede á menudo por períodos severos y cadenciosos. Declamador siempre, siempre en pos de las antítesis, de las metáforas atrevidas y de las alusiones estudiadas, presenta las ideas con cierto brillo, aunque sin solidez y envolviéndolas á menudo bajo espresiones oscuras y enredadas. Pero antes de considerarle como corruptor de la literatura, prosigamos examinándole como uno de los más prácticos moralistas de la antigüedad, escogiendo en caso de necesidad algunas de sus máximas, en nuestro sentir las mejores:

«Ningún caso hagais de esos molestos censores de las vidas ajenas, enemigas de su propia conducta, especie de pedagogos públicos; no vacileis en preferir ser hombres de bien á pasar por tales (27). Ninguno es bueno por accidente; requiere

(26) *De beneficiis*, II, 10.

(27) Ep. 123. Sócrates había dicho: Συντομωτάτη τε καὶ ἀσφαλέςατη καὶ καλλίστη ὁδός, ὡ Κριτόβουλε, ὃ περὶ ἀν βούλη δοκεῖν ἀγαθὸς εἶναι, τοῦτο καὶ γενέσθαι ἀγαθὸν πειρᾶσθαι. Véase JENOFONTE, *Mem.*, II.

la virtud ser aprendida, y es difícil de adquirir, al paso que los vicios se aprenden sin maestro. El alma libre y recta es aquella que somete á sí todas las cosas sin someterse á ninguna. Aquel que no sabe sufrirse á sí mismo, busca el tropel de los hombres y de las cosas. ¿A qué conduce prever los males?

«Nos acaecen muchas desgracias imprevistas; y no se presentarán muchas que son esperadas. Y aun cuando hayan de acaecer ¿de qué sirve salirles al encuentro? Harto padecerás cuando el dolor sobrevenga; entre tanto prométele lo mejor siempre. Entre los demás males de la necesidad se cuenta el de estar de continuo al comienzo de la vida. Una gran parte de la libertad estriba en la buena educación del vientre. No hables la verdad sino al que te escucha. Jamás he enderezado mis afanes á agradar al pueblo, atendido que las cosas que sé no las aprueba, y las que le gustan, las ignoro. He visto á muchos despreciar la vida; pero tengo en más á los que llegan á la muerte sin odio á la existencia. Si crees á tu mujer fiel, harás que lo sea, porque muchos han enseñado á las suyas á engañarles, sólo por el temor de ser engañados; y sospechando de ellas les han dado el derecho de incurrir en falta. El que es amigo de sí mismo es amigo de todos. Para muchos la adquisición de las riquezas no fué el término de sus miserias, sino un cambio. Mira con quien comes y bebes, más bien que lo que bebes y comes. Una pequeña deuda constituye un deudor, una deuda crecida hace un enemigo. ¿En qué consiste la sabiduría? En querer y rechazar incesantemente las mismas cosas. Pocas personas se rigen por la reflexión; y la mayor parte, á semejanza de los que nadan en los ríos, no andan por sí propios, sino que son llevados por la corriente. No sólo es indispensable arrancar la máscara á los hombres, sino también á las cosas, presentándolas bajo su verdadero aspecto (28).»

HORACIO había escrito este elegante verso, *Ep.* 16 del lib. I:

*Tu recte vivis si curas esse quod audis*

(28) Véanse *Ep.* 123, 124, 13, 29, 30, 3, 6, 17, 19, 20, 23, 24.

## CAPÍTULO XVII

### CIENCIAS

Séneca merece asimismo atención bajo el aspecto de la ciencia. Con efecto, aunque sus *Cuestiones naturales* sean un hacinamiento confuso é indigesto y una exposición verbosa de conocimientos empíricos, sin punto de apoyo en las ciencias exactas ni en los propios experimentos hechos según sistema, es el único libro que nos atestigua que los romanos se hayan ocupado de física; pues lo que hallamos en el poema de Lucrecio, en Cicerón y en la compilación de Plinio, es una copia y no un examen. El libro de Séneca señala hasta donde rayaron los antiguos en esta ciencia. Así, esta obra sin valor efectivo, vino á ser en Europa por espacio de muchos siglos lo que habían sido entre los griegos las obras de Aristóteles, el repertorio de los conocimientos físicos.

Allí encontramos mencionado el aumento que producen á la vista los globos de vidrio por refracción (1) y los espejos por reflexión. Se habla allí de los colores del arco iris, formados artificialmente por un vidrio prismático ó tallado en facetas (2); de la disminución del calor en las regiones elevadas de la atmósfera (3); de la formación de las islas por la acción volcánica (4); de los diferentes colores de las estrellas, de los planetas, de los cometas (5). Estos últimos son considerados por Séneca como astros de curso regular, y solamente

(1) «Literæ quamvis minutæ et obscuræ, per vitream pilam aqua plenam majores clarioresque ceantuntur.» *Quæst. nat.*, I, 6.

(2) «Virgula solet fieri vitrea, stricta, vel pluribus angulis... hæc si ex transversò solem accipit, colorem talem, qualis in arcu videri solet, reddet.» *Idem*, I, 7.

(3) *Idem*, IV, 11.

(4) *Idem*, 21.

(5) *Idem*, I, 1.

visibles cuando pasan cercanos á la tierra (6). También señala una diferencia de densidad entre el núcleo y la cola (7). Parece haber conocido el peso del aire (8), y el enfriamiento producido por la evaporación (9), y atribuye los terremotos á fuegos subterráneos que se inflaman de repente (10). Refiriéndose á una opinión de Empedocles sobre las aguas termales, propone calentar los aposentos por medio de corrientes de agua caliente: explica de qué modo infiltrándose el agua del mar por los poros de la tierra se dulcifica y forma manantiales; penetra, según dice, á través de la tierra, como la sangre en las venas: de lo cual parecería resultar una alusión á la circulación de la sangre (11).

(6) *Idem*, VI, 17.

(7) «Per stellas ulteriora non cernimus, per cometam aciem transmittimus.» *Idem*.

(8) «Ex his gravitas aëris fit.» *Idem*, V, 5. «Eo enim crassior aëris est, quo terris propior.» *Idem*, VII, 22.

(9) Con tal de que en vez de leer *trahit saporem evaporatio*, se lea *trahit calorem evaporatio*, III, 24.

Véase LIBRI, *Historia de las ciencias natur.* lib. I.

(10) *Quæst. nat.*, VI, 4-31. — San Patricio, obispo de Pertusa, á fines del siglo III daba la verdadera causa de las fuentes termales de Cartago. «No solo las nubes sino también las profundidades de la tierra contienen fuego, como lo demuestra el Etna y un monte cerca de Nápoles. Las aguas subterráneas suben como por una especie de sifón: las que corren lejos del fuego interno, brotan frías; pero las que pasan cerca, se calientan y llegan á la superficie de la tierra con un calor insoportable. *Acto S. Patrici*, pág. 155, y Ruinat.

(11) «Placet natura regi terram, et quidem ad nostrorum corporum exemplar, in quibus et venæ sunt et arteriæ; illæ sanguinis, hæ spiritus receptacula. In terra quoque sunt alia itinera, per quæ aqua et alia per quæ spiritus currit: adeoque illam ad similitudinem humanorum corporum na-